

Introducción

Jorge Ferrer

REVISTAS, FOLLETINES, EFÍMEROS DIARIOS, *FLYERS*... EL EXILIO CUBANO HA desparramado sus letras por toneladas de papel que han acabado, las más de las veces, buscando febril y estérilmente a un lector que apenas asomaba su curiosidad, aunque se le requiriera en esa forma devaluada de la suma que es la participación. O en ese gesto, todavía más impreciso, que solemos llamar solidaridad. (Octavio Armand nos contará más adelante el destino de los últimos números de *escandalar*).

Financiadas ensayando todas las variantes posibles, y combinándolas —el peculio de propio editor, el mecenazgo, las cuotas apoquinadas, las subvenciones universitarias, los medidos y jamás munificentes sueldos aportados por las fundaciones más disímiles, los ingresos por anuncios—, las publicaciones del último exilio cubano se cuentan, efectivamente, por largos centenares. Todas esas publicaciones surgieron con vocación de permanecer, de generar, originar, capitalizar, fundar o heredar. Algunas quisieron ser la voz de generaciones desoídas, o el grito en el desierto de una poética personal que no encontraba asiento editorial. Otras, enlazar la literatura cubana con literaturas con inicial mayúscula, o llevar a Cuba la voz (las voces) de un exilio localizado o disperso. Unas pocas, declararon abiertamente una militante voluntad de ensayar desvíos o vindicar filiaciones. Muchas, las más, fueron hijas del entusiasmo que Ronald A. Knox cartografió como sede y sustento de las creencias más firmes o falaces. También de las más genuinas.

La de la producción editorial seriada del exilio cubano es una historia como cualquier otra, ¿cuál no lo es? Y, en tanto marcada por la cualidad excéntrica y periférica que define a los exilios, corre el riesgo, que es también ganar un destino, de perderse en el olvido. De poco serviría apelar a su «utilidad» para asegurarse la postrera disculpa o la vindicación teleológica. En definitiva, también en el gueto de Varsovia se publicaba un buen diario, la *Gazeta Zydowska*.

¿Por qué las traemos aquí? ¿Se trata de una mera cuestión archivística? ¿De recopilar la memoria de casi medio siglo? De eso también. Y de algo más. La historia de una cultura exiliada se escribe siempre, por mera razón geométrica, por manifiesta voluntad política, en los márgenes del espacio que las convenciones críticas le adjudican como propio. Es en ese *passepourtout* donde se inscriben letra a letra, trazo a trazo, los delirios que rondan al excluido, que se mueven, como las dunas en torno a la Esfinge, dibujando

un vivo paisaje de la desolación. Que es también un paisaje de resistencia al viento, ante el avance del desierto. Y de sorpresas y hallazgos, en los minúsculos predios de un oasis.

Es una historia plagada de erratas, pero, también, de letras mayúsculas. Una historia tanto más relevante, cuanto que las revistas culturales, o políticas, constituyen la tripa de una literatura o un pensamiento. Son su laboratorio, su banco de pruebas.

Las cabeceras que ha producido el exilio cubano conforman, desde *El Habanero* o *Patria*, hasta el último de los proyectos que, todavía ahora, se cuece en Estocolmo, Madrid o Los Ángeles, la historia de una voluntad, acaso estéril. No hay que hacerse ilusiones. Es una historia jalonada de fracasos y sinsabores. Y es también, ahora que la literatura se va despojando por fin y por doquier de la sujeción a un territorio, ahora que se consagra su ánimo posnacional, un magnífico ejemplo de desasimiento. *Újule* o *escandalar*, *cubista* o *Mariel*, *Linden Lane Magazine* o *La Habana Elegante*, todas esas decenas de cabeceras que estimularon, y estimulan, con el aguijón de la posibilidad, la participación de narradores, ensayistas y pintores cubanos en la febril conjura para echar a andar una máquina cultural des-territorializada, agitando con rabia o con sorna los fragmentos de un cuerpo desmembrado, han conseguido transmutar sus particulares fracasos en eficaz, y rabioso, conejillo de Indias de la literatura que vendrá.

Conservar el testimonio de esas colecciones dispersas en bibliotecas privadas y hemerotecas públicas es una responsabilidad civil hacia la cultura que tendrían que tomarse muy en serio los gestores culturales del régimen actual y las instituciones culturales del exilio. También, y sobre todo, conviene que atiendan a esas descuidadas, y las más de las veces fragmentarias, colecciones los críticos interesados en la marginalidad, en lo excéntrico, en toda esa masa lateral, accesorio, que sirve de línea de fuga y perfil a toda cultura condenada, sea por convicción u obligación, a olvidarse de que alguna vez tuvo un centro.

Aquí nos ocupamos de reunir testimonios acerca de estos últimos años de producción editorial seriada desde el exilio cubano. Más concretamente, durante los años que siguen a la Revolución de 1959.

Hemos urdido estas páginas a partir de unos pocos testimonios de entre todos aquellos que se jugaron, se juegan, su pasión, sus dudas y su ambición sumando pliegos a este vasto catálogo. El de Octavio Armand, que dirigió *escandalar*, la que acaso sea la aventura más deslumbrante de entre todas las que ensayaron los editores cubanos dedicados a la publicación de revistas. El de Román de la Campa, que publicó hace años un texto sobre su participación en *Areíto*, que quise ver reescrito, repensado, tres lustros más tarde, empeño al que accedió con gentileza y fecundo atrevimiento. También los de Frank Fernández, animador de *Guángara Libertaria*, revista que editaron durante trece años los anarquistas cubanos de la Florida, en un empeño genuinamente singular, y José Antonio Solís Silva, coeditor de *Apuntes Postmodernos / Postmodern Notes*, una fuga hacia paisajes en los

que las palmas se confunden con cipreses, en transmutación de la que abominó José Martí, descubriendo enigmáticos palimpsestos. Belkis Cuza Malé aporta un resumen de la decana de estas revistas.

A Carlos Espinosa, que lleva largos años estudiando y vindicando nuestra historia editorial, le debemos un repaso de buena parte de esos tientos; desde *Exilio*, hasta *Mariel* y *Linden Lane Magazine*, pasando por una amplia veintena de otras revistas publicadas en «centros» y lindes del exilio cubano. Por último, Francisco Morán, quien dirige *La Habana Elegante*, uno de los más fecundos e imaginativos trasvases de las letras cubanas hacia la Internet, se ocupa, precisamente, de esos predios, donde, por fin, y a pesar de las restricciones al acceso a la Red impuestas por el régimen castriista, las aventuras editoriales se expanden por todos los confines, generando una auténtica comunidad de lectores.

Por último, he tentado con un mínimo cuestionario a Juan Abreu (*Mariel; Mariel Magazine*), Víctor Batista (*Exilio; escandalar*), Belkis Cuzá Malé (*Linden Lane Magazine*) y Rafael Rojas (*Encuentro de la Cultura Cubana*), para interrogarlos sobre la significación literaria, que es también, sobre todo, tratándose de revistas editadas desde el exilio, política, de las revistas que han dirigido, y leído, a lo largo de este casi medio siglo de afanes.

Desde aquella profesión de fe que anunció un editorial de la revista *Exilio*, «descubrirle a nuestro destino su rostro imparable», hasta el parpadeo espasmódico de las líneas del cubo que ilustra *cubista*, se mueve la historia de estos años de trasiego con letras desarraigadas, que, tal vez, prefiguren un destino sin Cuba que recuperar, ni entelequias nacionales que adorar.